

2

NOVELA

The logo for FVA (Federación de Vendedores Argentinos) is a stylized emblem. It features the letters 'FVA' in a bold, orange, sans-serif font, set against a white background. The letters are enclosed within a blue, shield-like shape with a decorative border. The entire logo is positioned centrally below the word 'NOVELA'.

Las odio a todas
June Collyer William Russell

25
CTS

La Novela Fox

Publicación semanal de los argumentos
de las películas de la marca «FOX»

Ediciones BISTAGNE : Pasaje Paz, 10 bis.
Barcelona Tel. 2717 A
Año I N.º 2

Las odio a todas

Interesante novela de aventuras
interpretada por

June Collyer, William Russell, Walter Pidgeon,
Theodore Kosloff, etc.

Producción

WILLIAM FOX

Exclusiva de

Hispano-Fox Films, S. A. E.

Valencia, 280 - Barcelona



LAS ODIÓ A TODAS

Argumento de la película

En el este de Suez los Estados Unidos sostienen un consulado debido a sus grandes intereses petrolíferos.

George Gage era el cónsul. Joven, simpático, distinguido, era un verdadero martirio para las mujeres... pues él las odiaba a todas.

Ninguna mujer había conseguido interesar su corazón, y cuando veía a alguna a su lado rehuía seguidamente su compañía, alejándose de ella o mandándole que se alejara.

En el consulado prestaban servicios domésticos tres indígenas, nada despreciables, por cierto, cada una de las cuales se derretía por su señor.

Como jefe de ellas, entre otros servicios, tenía el cónsul a sus órdenes a un hombrón llamado Ali-Babá, que le hacía las veces de guardián, por lo que iba convenientemente armado.

También tenía George un fiel criado y todo lo que se quiera, en una pieza. Llamábase Florín y a su aspecto de señorita se unía un carácter más que pusilánime.

Aquella mañana, George, que sudaba a mares, se limpiaba el rostro y se daba aire con un pañuelo, cuando una de las criadas, cogiendo dos abanicos, los agitó rítmicamente ante él.

—¡Ay, qué alivio! — exclamó el cónsul—. ¿De dónde viene esa bendita ráfaga?

No había visto a la indígena, y al darse cuenta de su presencia le hizo, enojado, una seña para que se marchase... con viento fresco, prefiriendo el calor a su compañía.

Pero la criada no comprendió lo que le quería decir George, y confundiendo la magnesia con el jarabe de Tolú, aceleró el compás de los abanicos.

Exasperado, George gritó:

—¡Florín!

Este apareció al momento, con rostro de espanto, pues el grito de su señor no era cosa corriente.

—Señor... — dijo el ayuda de cámara, al presentársele.

—Mande a paseo a esta sultana.

—En seguida, señor... si se quiere marchar.

Y colocándose ante la morita, le indicó la conveniencia de largarse de allí.

Mas el resultado de su intervención no fué mejor que el de George, en vista de lo cual éste llamó a su policía.

—¿Qué desea el señor cónsul? — inquirió el hombrón, acudiendo presto.

—¡Ali-Babá, diga a esta joven que se retire inmediatamente!

—Bien, señor cónsul — dijo el subordinado; y dirigiéndose a la criada le dió la orden terminante de que desapareciese del despacho del diplomático.

Cuando quedaron solos George y Florin, aquél dijo a éste:

—Mil veces le he repetido que las mujeres me molestan. ¡Téngalas a raya!

—Son muy traviesas, señor... y yo no puedo con ellas.

—Pues saque el genio y sea duro.

Entretanto, por la carretera que conducía al principado, caminaba, caballero en dócil cuadrúpedo, Brad Wilson, aventurero tan vehementemente en socorrer doncellas que por lo general las ponía en conflictos.

No iba solo, sino acompañado de su perro

“León” y de su inseparable armónica, que tocaba con maestría.

Al pasar cerca del campamento petrolífero, donde un aventurero grupo de yanquis luchaba contra los peligros de la comarca, se detuvo y preguntó a unos obreros:

—¿Dónde puede un Rotario en viaje divertirse un poco, además de comer y beber?

—Luchas o diversiones puede encontrarlas allá abajo, en la ciudad... Pero tal vez encuentre las dos cosas.

Brad saludó a sus compatriotas y prosiguió su camino, tocando el armónica para acortar el trayecto...

De pronto vió llegar en su misma dirección a un piquete de jinetes del país, detrás de los cuales iba un coche descubierto.

Por curiosidad se detuvo al borde de la carretera, y con inenarrable asombro vió que en el coche se hallaba una mujer del país, con el rostro cubierto hasta los ojos, presa de la mayor desesperación y que al verle le suplicó, tendiéndole los brazos, que la salvase.

Dejándose llevar de su espíritu aventurero no titubeó en ir en pos de la cuitada, y al alcanzar el coche saltó sobre los cocheros y los derribó en tierra, apoderándose al propio

tiempo de las riendas del tronco.

Acicateó a los caballos, y pronto se adelantó al séquito de vanguardia a caballo; pero los soldados, al comprobar el rapto de la morita confiada a su custodia, se lanzaron en persecución de los fugitivos.

Y la carrera que se originó fué apocalíptica.

El carruaje volaba, formidablemente bien guiados los caballos, y a su paso por la ciudad se vaciaba de gente la calzada.

Los perseguidores le pisaban los flancos, y el coche, al llegar ante el consulado americano, se detuvo bruscamente, por habersele caído una rueda.

Viendo a los perseguidores, Brad y la misteriosa morita se apearon del vehículo y el americano se dispuso a defenderse y defender a la indígena contra aquéllos, con los puños, que eran su mejor arma, desde la puerta del consulado.

Los soldados trataron de prenderle en masa, pero los golpes de Brad les obligaron a ponerse a la defensiva, y el combate entre uno contra veinte fué digno de verse.

Florín oyó el rumor de la pelea en la calle, asomóse al balcón y viendo de lo que se trataba enteró de ello al cónsul.

—Los indígenas la han emprendido contra un blanco, americano, como nosotros, a juzgar por el inglés que habla.

George quitóse la americana y... no seguido de Florín, que le tenía horror a los golpes, salió a la calle, para ayudar en lo posible a su compatriota a salir de aquel trance.

Los puñetazos de los blancos hacían echar sapos y culebras a los indígenas, deseosos de terrible venganza, y sin duda hubiese ocurrido algo grave si Ali-Babá — sin los cuarenta ladrones de la leyenda — no se hubiese presentado en tan críticos momentos, sable en mano, amenazando a los enemigos con rebanarles el pescuezo.

También "León" se vió "negro" interviniendo en la contienda, con los dientes, no quedando descontento de la eficacia de su labor.

Cuando renació la calma, los dos americanos se vieron de frente y uno y otro quedaron asombrados al reconocerse.

—¡Tú!

—¡Tú!

—¡Brad Wilson!

—¡George Gage!

—¡Chico, no te había vuelto a ver desde que te echaron de aquel harén de Bagdad!

—¡Aquello no fué nada! Me han echado de otros mejores que ese.

—Entra, entra... ¡Qué coincidencia, hombre!

Una vez en la casa, con la morita amparada por Brad, los dos amigos volvieron a felicitarse mutuamente por el reencuentro.

Y dijo Brad, sonriente:

—¡Gracias, George! ¡Si continuas salvándome la vida así, voy a vivir cien años!

—No te deseo esa calamidad. Pero... ¿qué hace aquí esa mujer?

—Hombre, es la causa de nuestra exhibición de boxeo con esos fantasmas. No le he visto la cara, pero a la calle irá si no es más que pasable. Ven, rica, siéntate sobre mis rodillas y oirás cosa buena.

La indígena se acercó, obedeciendo a una seña de él, y sentóse como él quería.

Brad trató de quitarle el velo y, no lográndolo por las buenas, optó por comportarse como un caballero... hasta que fuese ella misma quien se descubriese.

De todos modos, a juzgar por sus ojos y sus manos, debía ser muy bonita.

Para animarla, Brad tocó el armónica, y al compás de su música movía los hombros la indígena y agitaba las orejas el perro,

George, que había estado meditando acerca de lo ocurrido, dijo de súbito a su amigo:

—Si esa mujer pertenece a algún dignatario de aquí, vamos a tener un disgusto serio.

—¡Quita, hombre! Quizás haya pertenecido a algún personaje de esos, pero ahora me pertenece a mí.

—Yo sé lo que me digo.

—¡Y yo también, córcholis!

George no andaba equivocado. La morita pertenecía nada menos que al bajá, hombre cínico que no se detenía ante nada para conseguir cuanto se propusiera.

Enterado por sus soldados de lo ocurrido, salió al punto de su palacio y, con numerosos acompañantes, se hizo conducir al consulado.

Florin, lleno de inquietud, lo anunció al cónsul.

—¡El bajá!

—¡El! — exclamó George, mirando a Brad, que no se había inmutado.

—¿Le introduzco aquí?

—Sí. Que pase.

Brad se puso de pie y escondió tras él a la morita.

El bajá dijo al cónsul, señalando hacia la indígena, cuya cabeza descubrió al asomarse

impelida por el defecto de las mujeres en general:

—Esa jovencita es de mi propiedad y debe serme devuelta en seguida.

En su idioma Brad dijo a George:

—Dile a esa sota de bastos que se vaya a freir espárragos.

**

La morita era un caso, todo un caso. El bajá parecía, según Brad, una sota de bastos, pero el examen que de él hizo la indígena fué tan favorable a sus intereses que, olvidándose de que su salvador había arriesgado la vida por su libertad, abandonóle para entregarse al alto dignatario.

La quincallería y el oropel de éste la habían trastornado.

El bajá sonrió con aire de triunfo, pero no contento con la conquista que acababa de hacer de la elegida como nueva favorita, la emprendió contra Brad, a quien, apenas conocido, odiaba con todas sus fuerzas.

—Ese hombre es un raptor. Voy a hacerle encarcelar.

Brad, que sentía por el bajá tanta antipatía como éste por él, dijo a George:

—Una palabra tuya y de un puntapié en el trasero le fracturo la nuca.



La quincallería y el oropel la habían trastornado.

El cónsul se acercó a su amigo y soplóle:

—Este asunto ha de arreglarse con diplomacia, no por la fuerza.

—¡Déjame hacer, hombre!

—Estáte quieto.

El perro se aproximó cuanto pudo al bajá y levantó una pata trasera para hacer aguas.

Pero Brad contuvo el río en su cauce, ordenando a "León" que guardase las formas...

George añadió a Brad, para impedir que éste cometiera alguna torpeza:

—Es peligroso cruzarse en el camino de estos príncipes de aquí, pero acaso pueda comprar su perdón.

—¿Qué dices? ¡No les des un céntimo, George! Yo puedo con *cualquiera* que lleve semejantes pantalones.

—¡Quieto!

—Es que...

—Ya te he dicho que es un asunto de diplomacia, no de fuerza.

Y como Brad se ponía terco, George le dió un puñetazo en la mandíbula, derribándole sin sentido sobre un sillón, y cogiendo una cantidad de dinero de un arca de caudales, regresó junto al bajá y disimuladamente se la entregó, aplacándole instantáneamente sus ánimos.

Satisfecho, el bajá saludó al cónsul, como si allí no hubiera pasado nada, y marchóse; pero una vez en la calle dijo a su lugarteniente:

—Tan pronto como asome las narices, métele una bala a ese perro infiel que raptó a mi nueva favorita.

—Comprendido, señor...

Brad había vuelto en sí gracias a las caricias que le hizo "León", y al pedirle una explicación a George, éste le dijo, severamente:

—Tu vida depende de no dejarte ver hasta que se olvide este asunto.

—Yo no soy de los que saben estar sujetos en un sitio determinado.

—Pues por esta vez...

—Bueno, ya veremos... Y gracias por el dinero que por mí has pagado al calzonazos ese... Si aquí se juega a los dados, mañana mismo te lo devolveré.

—No te preocupes por eso. Descansa, si quieres, mientras yo voy a trabajar un poco, pues es la hora del correo.

—No te molestes por mí... Como si estuvieras en "tu" casa, chico.

Entre las cartas de aquel día recibió George la siguiente:

Mr. George Gage. Cónsul de los Estados Unidos.

Muy señor mío:

Sirva la presente para anunciarle que Billie Baxter, su nuevo auxiliar, llegará a esa el 23 del corriente.

Y dijo el cónsul a su ayuda de cámara:

—Florin, mi nuevo ayudante estará aquí dentro de unos días.

Brad no dormía. Había visto a una de las criadas de su amigo y la encontró tan apetitosa que de buen grado le dedicó una sesión de armónica, consiguiendo hacerla bailar.

Y tras la primera llegó la segunda, y a continuación de la segunda, la tercera, y no se presentó ninguna más, atraída por la música, porque sólo había tres criadas.

George oyó la algarabía que armaba Brad, y creyéndole solo comentó con Florin:

—¡Esa armónica suena bien! Ciertamente Brad va a poner una nota alegre en la casa.

Mas he aquí que Ali-Babá vino a anunciarle que Brad hacía bailar a las muchachas, y George fué a llamar la atención de su amigo.

Las criadas huyeron a la desbandada al verle y Brad lamentó su salida; y así se expresó con su amigo:

—¡Palabra, George! Para un hombre que odia como tú a las mujeres no creo sea este el mejor consulado.

—Para mí todas las mujeres son lo mismo. Y ahí te quedas unos momentos solo, pues yo he de salir. Ali-Babá te acompañará a la habitación que te he destinado.

—Muchas gracias.

Pero, antes de partir, George dijo a Florin:

—Despida usted a las criadas inmediatamente... antes de que Brad convierta el consulado en un harén.

El ayuda de cámara cumplió seguidamente el encargo. Y cuando Brad, que había chiflado ya a las tres doncellas, se disponía a verlas de nuevo en el salón, no encontró a ninguna, por lo que dijo a Florin qué había ocurrido con ellas.

Y dijo el "posturitas":

—El señor cónsul las despidió. Suponia que pudieran molestarle a usted.

—¡Ah! ¿sí? Entonces me voy. Donde no hay faldas, no está Brad.

Al poner pie en la calle sonó un disparo, cuya bala vino a agujerear su sombrero.

—¡Canastos! — exclamó retrocediendo, y ante Florin—. Ahí fuera hay alguien que pretende amedrentarme... pero he de salir esta noche, aunque sea en kimono. ¡Con las aventuras que me están esperando por ahí!

Era media noche y Brad no había regresado aún de sus correrías.

George iba a retirarse a descansar, pero llamaron suavemente a la puerta.

Abrió y vió aparecer a una señorita blanca.

—¿Qué desea usted? — preguntóle George, extrañado.

—Soy Billie Baxter, su nueva secretaria, señor cónsul.

Florin había acudido, en batin, por si su señor le necesitaba, y pasmóse al ver que el secretario se había convertido en secretaria.

Sin poder contener su decepción, George dijo, como si estuviese solo:

—¿Por qué habrá enviado el gobierno a una mujer para desempeñar un puesto de hombre? ¿Y por qué, además, me la anunciaba para el día 23, si tenía que llegar hoy?

Sorprendida por el recibimiento francamente hostil, Billie repuso:

—“Esta mujer” venció a doscientos hombres en las oposiciones a esta plaza, y, para ocuparla antes, embarcó en un vapor que zarpaba unos días antes que el que pensó tomar de buenas a primeras.

—Todo lo que usted quiera, señorita. Este rincón del mundo es el menos a propósito para una mujer blanca. Con decirle que hasta para un hombre es peligroso...

—No estoy asustada, señor Gage. Me sería muy grato trabajar con usted.

—Mañana hablaremos... Florin, la señorita Baxter ocupará esta noche mi dormitorio...



—Soy Billie Baxter, su nueva secretaria, señor.

¿Cómo? ¿Los dos dormirían en la misma cama?

—...y yo compartiré el de mi amigo Brad Wilson — terminó el cónsul.

¡Ah! ¿Qué susto!

Billie, contenta, a pesar de la severidad de George, de estar allí, porque estaba segura que

un joven tan agradable como el cónsul tenía que ser forzosamente un buen muchacho una vez tratado, se acostó tranquilamente en el lecho de su jefe.

Al poco, cuando aun no había intentado conciliar el sueño, vió, con espanto, penetrar en la habitación, por una ventana, a un moro.

Aterrada, cubrióse con el embozo de la cama, dispuesta a defenderse y a gritar en caso de atentar el desconocido contra ella.

Pero el moro era el mismísimo Brad.

Suponiendo que el que dormía allí era George, puesto que aquella era su habitación, sentóse al borde de la cama y, riéndose escandalosamente, le dió a Billie unos golpes en la espalda, por sobre el embozo, y le dijo, confundíendola, por no haberla visto, con su amigo:

—Si no llego a tener práctica en escalar ventanas de dormitorios, me hubiese visto obligado a dormir al raso esta noche... pues la puerta de la calle estaba cerrada... ¡Vaya una ciudad de pesca! Ya he preparado una juerguecita para mañana por la noche y te advierto que la prójima tiene una amiga. Tú puedes odiar a las mujeres, pero esa fulana es una callista de El Cairo que quita el hipo... Las he

conocido en un juego de dados y en seguida cambió mi mala suerte.

Billie no osaba moverse, deseando que Brad, creyendo que el cónsul dormía, se marcharía a su habitación, mas su angustia acrecentóse al oír decir, continuando su charla, al aventurero, lo siguiente:

—Bueno, me meteré en la cama... pero si está fría me voy por donde he venido.

Extrañado de que su amigo no le contestase ni una sílaba, Brad zarandéo a Billie y le dijo, sin verla aún:

—¿Qué te pasa? ¿Estás dormido?

Y como seguía la callada por respuesta, le quitó el embozo y entonces, asombrados ella y él, Brad, recogiendo sus cosas, salió de la habitación como alma que lleva el diablo.

¡Qué plancha! Pero ¿quién era aquella gentilísima mujer blanca?

En la habitación que le había sido destinada encontró Brad a su amigo George, y apenas le dió alcance le explicó lo ocurrido.

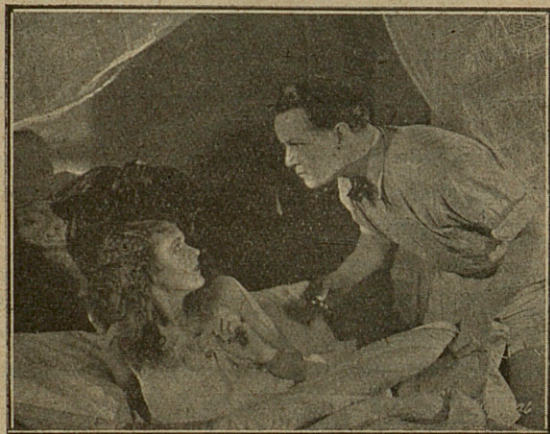
—Eso te corregirá, sin duda, del defecto de saltar por las ventanas. ¡Qué susto le habrás dado! ¿Y si, armada, te hubiese descargado un tiro?

—¡Gajes del juego son, amigo mío! Bueno,

pero, en resumidas cuentas, ¿quién es?

—¡Pásmate! Es mi nueva secretaria.

—¿Tu secretaria? Toma. Aquí tienes lo que te debo. Me retiro por el foro...



—le quitó el embozo y...

—¿Cómo? ¡No! Tú no te mueves de aquí ¿Es esa la idea que tienes de la gratitud? Tú no puedes dejar a un camarada solo con una muchacha.

—Es que tú no sabes... Estoy apesarado... Si se acuerda de la mitad de lo que dije, mañana querría estar ya en Chicago.

—¡No te moverás! Te he librado de cincuenta mujeres y lo único que te pido es que me salves de una!

—¡Bueno! ¡Me sacrificaré!

✱

Un solterón recalcitrante... un partidario de las ideas matrimoniales turcas... y una chica preciosa bajo el mismo techo. ¡Agarrarse!

Manos femeninas son manos de hada.

Pero George era tan porfiado en sus cosas, que no quiso ver en el "desarreglo" de su mesa de trabajo la divina intervención de su secretaria, la cual no se olvidó de colocarle una rosa en un pequeño florero.

Billie, que, en otra habitación, esperaba ver el resultado de sus primeros "servicios", sorprendió desagradablemente al oírle decir a George a Florín:

—¿Quién ha desarreglado mi escritorio?

—La joven secretaria, señor.

—¿Quién se lo ha mandado? ¿Y qué hace ahí esa mesa? Es la de la señorita. ¡No la quiero aquí! Trasládela a la habitación contigua con Ali-Babá. ¡Y pronto! Antes de que ella venga.



Billie salió a la terraza del consulado, y a continuación de ella, sin ser vista, lo hizo George, quien tiró la rosa por encima de la balaustrada, yendo a caer sobre Brad, que tomaba el sol junto al estanque del jardín.

Y seguidamente después el cónsul volvió a su despacho.

Entonces Billie se acercó a la balaustrada y miró hacia abajo, donde se hallaba Brad.

Este, que recogiera la flor, miraba hacia arriba buscando al autor de tal obsequio, y al ver a Billie creyó que se la había tirado ella.

¡Qué raro! ¿Acaso se burlaba de él?

Y realmente afligido por su conducta de aquella noche, no se atrevió a trabar amistad con ella.

Pero Billie, que parecía comprender el carácter de George y el de Brad, sonrió abiertamente a éste, quien vió el cielo abierto.

Para consolidar la reconciliación, Brad se unió a ella y le dijo:

—Siento infinito lo ocurrido anoche. Me encuentro tan pequeño que podría pasear debajo de un pato.

—La cosa no tiene importancia. Bien comprendo que fué una equivocación.

En su palacio, en aquellos momentos, el bajá, deseando la muerte de Brad, que no había podido ser aún llevada a cabo, encargaba a su lugarteniente de la misión de soltar de una caja un reptil, una especie de lagarto, a poca distancia del americano, para que fuese mordido por él, cuya mordedura era mortal.

Billie fué a sentarse ante su mesa de trabajo, en tanto que George hablaba en el suyo con Florín.

Brad, entusiasmado correctamente — ¡cosa rara! — con Billie, realmente interesante, adorable, le recreaba los oídos tocando el armónica, pero cosas románticas, en consonancia con el nuevo sentimiento que embargaba su alma.

El perro ladró, y el cónsul interrumpió, indignado, su trabajo.

Al oír los ladridos de "León", dijo Brad:

—Bueno; voy a tocar la música que les gusta a "León" y al cónsul.

Y atacó briosamente un charlestón.

Pero George, a pesar de que esa tonada le gustaba, irrumpió en la habitación donde Brad

y Billie eran tan "felices", y, de un modo extraño en él, gritóle a su amigo:

—¡Tú y tu armónica me vais a volver locos!

¡Zambomba! ¿Qué significaba aquello?

Empero George dijo más:

—¿Qué hace ahí ese escritorio, Florín? Usted sabe que debe estar dentro de mi despacho.

¡Ay, ay, ay! El cónsul ya no daba pie con bola. ¿No había sido él mismo quien ordenara que sacasen de su despacho el escritorio de la secretaria?

Billie, que oyera la orden, sonrió al verla revocada por el propio cónsul.

¡Con razón presumió ella que George era bueno!

La máquina de escribir, en manos de Billie, era un motor a gran velocidad.

Florín, observándola con George, dijo:

—No sólo es competente esa señorita, sino bellísima, señor cónsul.

Pero éste, que no se daba por vencido, le atajo rudamente.

—¿Qué es lo que le hace suponerse capacitado para juzgar de tales cosas?

—Yo, señor...

George necesitaba unos informes y no los hallaba. Florín le ayudó en la tarea de buscar-

los, pero se ponían nerviosos y no lograron dar con ellos, hasta que Billie dijo al cónsul:

—Vi donde los puso usted, Mr. Gage.

—¿Dónde están?

Billie levantóse, fué a un archivador y sacó de una carpeta los documentos que se buscaban.

Y, quieras que no, George hubo de reconocer que Billie tenía mucha vista... y era muy oportuna...

Un poco después, George se reunía con su amigo Brad, que estaba tumbado en un banco de la terraza, y le dijo, *intencionadamente*:

—Brad, amigo mío, he llegado a la conclusión de que soy un egoísta al privar al mundo de tu compañía.

Brad repuso, *con toda intención* también:

—Por mí no te preocupes, George... Estoy dispuesto a pasar aquí toda mi vida.

Unos momentos antes, cuando Brad estaba solo en la terraza, los sicarios del bajá libertaron al reptil, pero éste avanzando hacia él en el instante que se le unió George, mordió a éste en una pierna, produciéndole un dolor horrible.

—¿Qué es esto? —gritó; y al apresar al reptil lo aplastó contra el suelo.

Una violenta fiebre se apoderó de George. Brad le condujo al interior de la casa y llamó a Billie en su ayuda.

El cónsul dijo a Brad:

—Es necesario obrar con toda urgencia, amigo mío... El médico del bajá tiene el único remedio para esta clase de mordeduras.

Brad se aprestó a ir, pero apenas puso pie en la calle, como la otra vez, sonó un disparo y se sintió alcanzado en un hombro. Retrocedió y, ante la gravedad de George, dijo a Billie:

—Me matarían antes de que llegase hasta el médico en cuestión, pero a usted no le harán ningún daño.

Billie no vaciló en salir, y cuando lo hubo hecho salió detrás de ella, por orden de Brad, Ali-Babá, para que la protegiese en caso necesario.

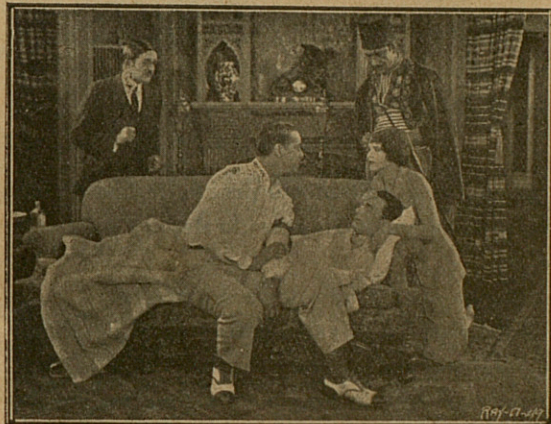
Al poco presentóse Billie ante el doctor y un ayudante de éste, y su petición de suero para la mordedura de reptil, preparado por aquél, fué atendida con toda solicitud.

Y al partir de la casa del doctor, el bajá, que iba a visitarle, la vió, gratamente impresionado, y preguntó al hombre de ciencia quién era ella.

—Es del consulado americano — contestó

el galeno—. Vino a pedirme suero para alguien del consulado.

—¿Y se lo dísteis? ¡Idiotas! ¡Debisteis negárselo!



—Me matarían antes de que llegase hasta el médico.

Dispuesto a vengarse del americano haciéndole todo el daño que pudiese, y pensando atraerlo a una trampa donde encontraría la muerte, el bajá, de regreso a su palacio, dió a su lugarteniente esta orden:

—Tráeme en seguida a la joven americana del consulado cueste lo que cueste.

—La misión es peligrosa, señor... Temo complicaciones...

—Yo responderé por ti... Achacaré el rapto a unos bandidos.

—Bien, señor... Procuraré salir airoso de mi cometido.

**

El cónsul se restableció pronto de una dolencia, pero se encontró atacado de otra más grave.

¡Estaba enamorado de su secretaria!

Billie suspiró al verle entrar en el despacho aquella mañana y ponerse en el ojal la rosa blanca que ella le dejara en el florero, en vez de tirarla como el primer día, pero, fija en una idea, se acercó a él y poniéndole una carta bajo los ojos le dijo:

—Esto requiere su firma, señor cónsul.

George leyó el escrito. Decía así:

Sr. Jefe del Servicio Consular

Washington D. C.

Muy señor mío: Me permito solicitar el traslado de la señorita Billie Baxter a otro consu-

lado, por razones personales y por bien del servicio.

Respetuosamente

—¿Qué significa esta carta, señorita Baxter? — le dijo él, atónito.

—Será mejor para los dos si me marchó.

—Pero señorita Baxter, usted no querrá dejarme de esta manera. ¡Yo he llegado a depender de usted para todo!

—Por el contrario, ha hecho usted todo lo posible por hacerme comprender que no me necesita para nada.

—¡Perdóneme... se lo ruego! La necesito... mucho más de lo que puedo decirle.

Emocionada, Billie salió del despacho, y en la habitación contigua halló a Brad.

—¿Por qué está usted tan triste, señorita Baxter? — preguntóle Brad.

—¡Oh, amigo mío! — exclamó ella, abrazándose a él llorando, y desapareciendo luego hacia su habitación.

Brad fué al encuentro de George.

—¡Oye! ¿Qué le has hecho a Billie?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque necesito saberlo, ¿lo oyes?

—¡Pues nada que te importe lo más mínimo!

—¿Que no me importa?

—¡No! ¡Eso sólo me importa a mí!

Las palabras subieron de tono, y para dirimir mejor aquella cuestión, como los dos eran buenos boxeadores, se quitaron la americana y se dispusieron a pegarse. ¿Por qué? Por el amor de una mujer.

Pero en aquellos momentos los sicarios del bajá trataban de apoderarse de Billie, y ésta, gracias a poder disparar un revólver sobre dos de los bandidos que penetraron por la ventana en su habitación, puso sobre aviso a los dos amigos.

Y en lugar de darse de puñetazos George y Brad, emplearon todas sus energías en salvar a Billie, lográndolo y salvándose Brad de la muerte gracias a que una bala que iba recta a su corazón dió en el armónica, sin que, afortunadamente, la imposibilitase de tocar.

Florin, ignorando que en la calle esperaban numerosos bandidos, salió en busca de Ali-Babá, y fué detenido y atado a un caballo. Pero, sacando fuerza de flaqueza, consiguió poner al trote al caballo y conducirlo al campamento petrolífero de los yanquis, para pedir socorro, pues George, Brad y Billie estaban sitiados en el consulado y en peligro de muerte.

Y gracias a la oportuna llegada de los yanquis, los bandidos fueron matados en su mayoría y puesto en fuga el resto.

El lugarteniente del bajá se contaba entre los que escaparon con vida, pero como los yanquis siguieron a éstos hasta el palacio, los detuvieron delante del bajá y le dijeron, mostrándole al lugarteniente:

—Este hombre dirigía el ataque contra el consulado americano.

Cobarde, traidor, vil, el bajá contestó:

—Sáquenlo de aquí y fusílenlo.

Y el lugarteniente fué detenido, pero logró desasirse un momento de sus aprehensores, y arrojó un cuchillo contra el bajá, alcanzándole en pleno corazón.

George estaba persuadido de que Billie amaba a Brad, y, para que fuera feliz con él, pidió el traslado.

Se hallaba ya en el *auto* que lo alejaría pronto de la mujer amada en silencio, en compañía de Florin, cuando Brad dijo a Billie, al quedar a solas:

—Ahora que nos quedamos solos aquí, tal

vez lo mejor que podemos hacer es casarnos en seguida.

Billie le miró con asombro y contestó:

—¡Pero, Brad, si nunca he pensado en usted sino como en un hermano a quien contar mis penas!

—¿Cómo? ¿Entonces... entonces es a George a quien usted quiere?

—¡Oh, sí!

Brad ahogó su dolor, y, haciendo honor a la confianza de ella tratándole como hermano, murmuró:

—Hace tiempo que lo sabía... pero he querido que tú me lo dijeras.

Y corrió a detener a George, a quien contó la verdad; pero como éste se resistía a entrar de nuevo en el consulado, Brad le dijo:

—Este asunto es de fuerza, no de diplomacia.

Y dándole un puñetazo que le hizo perder el sentido, lo entró a cuestras, dejándoselo a Billie para que hiciera con él lo que gustase.

Y Brad, con el corazón a un tiempo mismo riente y dolorido, reemprendió la marcha, jinete en dócil caballo, con su perro y el armónica en los labios, hacia nuevas aventuras...

FIN

[B.]